

CRÍTICA

COMENTARIOS DE ARTE: REGOYOS, POR MANUEL MUNOA

Después de tres años de ausencia, como artista, vuelve hoy Regoyos á San Sebastián, y se nos presenta de nuevo con la exposición que acaba de abrir en el Salón de *El Pueblo Vasco*.

Toda obra de Regoyos nunca puede sumarse á la mayoría y constituir una más. Hay dos circunstancias que le libran de un encasillamiento vulgar, de una clasificación á la usanza cotidiana, á saber: primera, el tratarse de uno de los artistas que ha permanecido más fiel á su arte; segunda, el ser uno de los pintores más discutido, más contradictoriamente juzgado, más elogiado y censurado al mismo tiempo. Dos circunstancias, de las que se deriva una tercera, que es la certidumbre de que Regoyos tiene una personalidad definida, desde el momento que tiene el don de inquietar y de mover á profanos y artistas, hasta formar un remolino de opuestas opiniones.

Yo también creo que Regoyos tiene algo diferencial que le separa de los demás pintores; pero este algo opino que es un sentimiento literario de la pintura. Si me paro á pensar un instante, si me aparto del momento presente, para conseguir aunar los recuerdos dispersos, si hago un poco de vida retrospectiva para revivir estos recuerdos y reunirlos en un resultado concreto, saco en consecuencia que Regoyos siempre ha sido para mí un pintor literario. Recuerdo que Ortega y Gasset, en uno de sus admirables artículos, decía lo siguiente: «la vitalidad en su forma espacial se nos ofrece como aspiración radical de la pintura; la luz, como su instrumento genérico. Pues bien; yo, acep-

tando esa hermosa definición del fin de la pintura de que nos habla Ortega y Gasset, diría que Regoyos, en la pintura, es la interpretación más inmaterial de esa forma espacial, la que más se acerca al espacio hasta fundirse con el espacio mismo. Quiero decir, que es uno de los que más claramente nos hacen ver la transición ó el paso de la forma visible, en su esfumación graduada hacia lo invisible, hacia las formas sin materia.

Insisto en que Regoyos es un pintor literario, porque me da la sensación de la visión de las cosas á través de un temperamento literario sutil. Es la visión de las cosas conjuntamente con el nimbo inmaterial que las envuelve. Se aproxima á la manera de ver las cosas, interpretándolas tal como lo harían unos cuantos poetas si repentinamente se vieses en posesión del arte de la pintura, libre de ciertos prejuicios y mandamientos, protocolados por los maestros.

Que no es vana palabrería lo que vengo diciendo, acreditase recordando que Regoyos siempre ha sido mejor interpretado por los literatos y poetas, que por los pintores, sus compañeros en arte. Además, confirma esta opinión algunos de los ensayos pictóricos de Regoyos, por ejemplo, aquellos cuatro cuadros de la Iglesia de Lezo, que correspondían a otras tantas visiones en las diferentes épocas del año. Por si ésto fuera poco, recuerdo yo y recordará también un querido amigo mío, cierto cuadro de muy escasas dimensiones y que llamó nuestra atención. Se trataba de un trozo de carretera, visto en el momento en que el sol, hacia el ocaso, había traspuesto las montañas. El interés de este lienzo, no estaba precisamente en el estudio de las nubes, sino en cierta proyección de sombra sobre la carretera, de tan especial matiz, que para nosotros tenía, según dijo cierto escritor, esa atracción que se experimenta hacia lo que nuestros sentidos entreven, sin poder alcanzarlo definitivamente.

Es seguro que esta tendencia de Regoyos en la pintura no es improvisada. Su temperamento ha recibido una gran influencia de artistas selectos. No olvidemos que Regoyos ha convivido con Rodembach, el poeta cantor de las ciudades viejas y con algunos otros literatos extranjeros.

Sin duda para Regoyos hay algo más que la visión material de la retina. Para él tiene virtualidad esa contemplación detenida que recomendaba Vinci, para obtener nuevas y más sutiles sensaciones de las cosas.

Regoyos es además un poeta de la luz. Su aspiración es á veces retener un momento fugaz y cambiante, perfectamente distinto de otro que seguirá después. Es indudable que hasta los más distanciados de este pintor, encuentran en él «un algo» especial y personalísimo, sin que puedan señalar precisamente en qué consiste.

*
* * *

La exposición que presenta actualmente Regoyos no es numerosa en cuadros. Tiene más interés por la calidad que por la abundancia. Allí vemos reunidas unas cuantas obras, desde las que más se aproximan á las que más se separan de la modalidad predominante de este pintor.

En lo que ninguna de ellas falta es gracia y esa manera especial de ver, tan características de Regoyos. Hay unos cuantos paisajes del país, de cielos lluviosos, de nubes que invaden las montañas á impulsos del viento, que tienen carácter y están bien interpretados.

Uno de los cuadros que llama la atención, tal vez el que más, es el que representa el Castillo de Isabel la Católica en Medina. Está visto en la hora del crepúsculo, bajo un cielo wagneriano, en que se vislumbra la tempestad á punto de desarrollarse, y esta circunstancia, da al cuadro fuerza y una buena cantidad de romanticismo.

Envuelve al Castillo un ambiente de leyenda y parece que está pidiendo versos de Zorrilla.

Más pudiera decirse de la exposición, pero me lo impide la inevitable concisión que he de dar á estas cuartillas. Vaya, pues, un saludo á Regoyos, el pintor originalísimo.
